

ANA

LA DE TEJAS VERDES

Lucy Maud Montgomery

Ana, la de Avonlea

Traducción de Ángela Esteller



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Anne of Avonlea*

Autora: Lucy Maud Montgomery

© 2021, de la traducción, Ángela Esteller García.

ISBN: 978-84-18538-26-1

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 2.775-2021

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: marzo de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Hattie Gordon Smith, mi antigua profesora,
con agradecimiento y en recuerdo de su simpatía y apoyo.*

*Las flores brotan por donde ella pisa
al transitar por el camino del deber,
y la rígida línea de nuestras vidas
se dobla en suaves curvas de placer.*

JOHN GREENLEAF WHITTIER

Capítulo 1

Un vecino muy enfadado

Una muchacha alta, delgada, de dieciséis años ya cumplidos, con unos ojos grises y serios y un cabello cuyo color sus amigos definirían como castaño claro, se sentó una hermosa tarde de agosto en el amplio escalón de caliza roja de una granja en Isla del Príncipe Eduardo, firmemente decidida a traducir unos versos de Virgilio.

Pero aquella tarde de agosto, con la bruma azul sobre las tierras de cultivo en las colinas, la brisa susurrando como un duende entre los álamos y las esplendorosas amapolas bailando ante el oscuro bosquecillo de abetos jóvenes en una esquina del huerto de cerezos, era más indicada para soñar que para traducir versos en lenguas muertas. El libro de Virgilio pronto cayó descuidadamente al suelo y Ana, con el mentón apoyado en las manos y los ojos posados en el espléndido banco de mullidas nubes que se amontonaban justo por encima de la casa del señor J. A. Harrison como si fueran una gran montaña blanca, viajó muy lejos, a un mundo delicioso donde cierta maestra de escuela estaba llevando a cabo una labor maravillosa, moldeando los destinos de los futuros

hombres de Estado e infundiendo nobles y elevadas ambiciones en las mentes y corazones de los jóvenes.

Para ser sinceros, si se consideraba el asunto con los pies en el suelo —algo que, hay que confesar, Ana hacía raras veces y solo por obligación—, no parecía existir un material muy prometedor en la escuela de Avonlea. Aunque nunca se puede saber qué puede pasar si una maestra emplea bien su influencia. Ciertamente, Ana albergaba ciertas ideas pretenciosas sobre lo que una profesora podría lograr si seguía el camino correcto, y en aquel momento estaba imaginando una escena deliciosa, cuarenta años después, en la que un personaje famoso —aunque la razón de su fama se dejaba convenientemente velada, Ana pensaba que estaría bien que se tratara del rector de una universidad o del primer ministro de Canadá—, la saludaba con una reverencia y le tomaba su mano ya arrugada, para asegurarle después que ella había sido la primera en haber alentado sus ambiciones, y que todos los éxitos conseguidos a lo largo de su vida eran debidos a las lecciones recibidas tanto tiempo atrás en la escuela de Avonlea. Sin embargo, aquella visión tan agradable se hizo añicos ante una interrupción de lo más desagradable.

Una vaca Jersey apareció al trote por el sendero y, unos segundos más tarde, llegó el señor Harrison..., si se podía decir «llegar» a la manera en que irrumpió en el jardín.

Saltó la verja sin tan siquiera abrir la puerta y, muy enfadado, se encaró con una atónita Ana, que se había puesto en pie de un brinco y lo contemplaba algo perpleja. El señor Harrison era su nuevo vecino a la derecha, y Ana todavía no había tenido oportunidad de conocerlo, aunque sí lo había visto de lejos un par de veces.

A principios de abril, antes de que Ana volviera de la Academia Queen's, el señor Robert Bell se había mudado a Charlottetown y había vendido su granja, que lindaba por el

oeste con la de los Cuthbert. La había comprado un tal señor J. A. Harrison, cuyo nombre, y el hecho de que fuera de New Brunswick, era lo único que se sabía de él. Sin embargo, antes de que transcurriera un mes de su llegada a Avonlea, ya se había ganado la reputación de ser una persona extraña..., «un cascarrabias», según había dicho la señora Rachel Lynde. La señora Rachel Lynde era una mujer que hablaba sin tapujos, como recordarán aquellos que ya la conocen. No cabía duda de que el señor Harrison era algo diferente, y como todo el mundo sabe, esa es la principal característica de un cascarrabias.

En primer lugar, vivía solo y había declarado públicamente que no quería a ninguna mujer ni sus tonterías merodeando por su morada. El sector femenino de Avonlea se vengó con chismes espantosos sobre su gobierno de la casa y sus guisos. Había contratado al pequeño John Henry Carter, de White Sands, y fue él quien inició los rumores. Para empezar, no había una hora fija para comer en casa del señor Harrison. Este «picaba algo» cuando se sentía hambriento, y si John Henry andaba por allí en aquel momento, lo compartían, pero, de lo contrario, tenía que esperar hasta que el señor Harrison volviera a sentir el estómago vacío. John Henry aseguraba con tristeza que habría muerto de hambre de no ser porque se atiborraba los domingos, cuando regresaba a casa, y porque su madre, antes de que se fuera el lunes por la mañana, siempre lo cargaba con un gran cesto de comida.

En lo que respectaba a los platos, el señor Harrison jamás mostraba intención de lavarlos, excepto en los domingos de lluvia. Entonces se ponía a la faena, los fregaba todos de una vez en el barril con el que recogía el agua del cielo, y los dejaba allí hasta que se secaran.

El señor Harrison también era un tacaño. Cuando se le pidió que contribuyera al salario del reverendo Allan, dijo

que esperaba a ver cuántos dólares valían sus sermones, que no quería que le dieran gato por liebre. Y cuando la señora Lynde fue a pedirle un donativo para sus obras de beneficencia —y, de paso, a echar una ojeada a la casa—, le dijo que no había visto jamás tantas chismosas como en Avonlea, que eran unas paganas y que a la única cosa que contribuiría era a cristianizarlas si ella se encargaba personalmente. La señora Rachel se alejó de aquel lugar, murmurando que era una suerte que la pobre esposa de Robert Bell estuviera tranquila en su tumba, porque, de otro modo, se le habría roto el corazón al ver en aquel estado la casa de la que tanto se enorgullecía.

—¡La pobre fregaba el suelo de la cocina día sí, día también! —explicó una indignada señora Lynde a Marilla Cuthbert—. ¡Y tendrías que verla ahora! ¡Hasta me levanté la falda al entrar!

Para colmo, el señor Harrison tenía un loro llamado *Ginger*. En Avonlea, nadie antes había tenido un loro. En consecuencia, aquel comportamiento se consideró poco respetable. ¡Y qué loro! Si se tomaba en serio lo que explicaba John Henry Carter, no había pájaro más tremendo. Decía palabrotas sin cesar. De haber estado segura de poder conseguirle otro trabajo, la señora Carter se habría llevado a John Henry de allí enseguida. Además, un día en que John Henry se acercó demasiado a la jaula, *Ginger* lo mordió en la nuca. Cuando el desdichado joven regresaba a casa los domingos, la señora Carter le enseñaba a todo el mundo la marca que le había dejado.

Todas aquellas cosas cruzaban por la mente de Ana mientras el señor Harrison estaba en pie frente a ella, al parecer mudo de ira. Y aunque estuviera de buen humor, no se podía considerar al señor Harrison como un hombre atractivo. Era bajito, gordo y calvo, y en aquel momento, con el rostro redondo de color púrpura por la ira y sus ojos azules y saltones

casi saliéndose de las órbitas, a Ana le pareció, de hecho, la persona más fea que jamás había visto.

De repente, el señor Harrison empezó a hablar.

—No voy a tolerarlo —soltó—. No, señorita, ni un día más. ¿Me oye? Válgame Dios, ya es la tercera vez que ocurre, ¡la tercera vez! Y mi paciencia tiene un límite, señorita. Ya le dije a su tía que no permitiera que volviera a ocurrir..., y lo ha permitido... Ya lo creo que lo ha permitido... Lo que quiero saber es qué pretende. Por eso estoy aquí, señorita.

—¿Podría explicarme qué ha sucedido? —preguntó Ana con tono solemne. Últimamente había estado practicando, preparándose para el inicio de la escuela, pero, al parecer, sus maneras no tuvieron ningún efecto en el enfadado J. A. Harrison.

—¿Que qué ha sucedido, señorita? Válgame Dios, una cosa horrible. Lo que ha sucedido, señorita, es que hace menos de media hora me he encontrado de nuevo a la vaca Jersey de su tía en mi campo de avena. Y ya es la tercera vez. La encontré allí el pasado domingo, y también ayer. Vine aquí y le dije a su tía que tomara medidas para que no ocurriera de nuevo. Pero no lo ha hecho. ¿Dónde está su tía, señorita? Quiero hablar con ella y decirle cuatro cosas bien dichas.

—Si se refiere a la señorita Marilla Cuthbert, no es tía mía, y se ha marchado a East Grafton para visitar a un pariente lejano que está muy enfermo —dijo Ana, acentuando su tono solemne con cada palabra—. Siento mucho que mi vaca haya irrumpido en su campo de avena... La vaca no es de la señorita Cuthbert, es mía. Matthew me la regaló hace tres años cuando se la compró al señor Bell siendo una ternerita.

—Lo siento mucho, señorita, pero sus disculpas no van a servir de nada. Será mejor que vaya a ver los estragos causados por su vaca... ¡Lo ha pisoteado todo!

—Lo siento mucho —repitió Ana con firmeza—, aunque

quizá si reparara y mantuviera su cerca en buen estado, *Dolly* no la habría traspasado. Es su cerca la que separa el campo de avena y nuestro prado, y el otro día advertí que no estaba en muy buenas condiciones.

—Mi cerca está perfectamente bien —espetó el señor Harrison, más enfadado que nunca al ver que lo atacaban en su propio terreno—. Ni los barrotos de un calabozo podrían con ese demonio de vaca. Y voy a decirte algo, pelirroja insignificante: si, tal como dices, la vaca es tuya, será mejor que te dediques a vigilar que no se mete en los campos de otra gente en lugar de quedarte ahí sentada leyendo novelitas cursis... —concluyó, dirigiendo una mirada feroz hacia los pies de Ana, donde se encontraba el inocente ejemplar con tapa de color ocre de los poemas de Virgilio.

En aquel momento, no solo el cabello de Ana, que siempre había sido su punto débil, era de color rojo.

—Prefiero tener el pelo rojo que no tener ninguno, excepto unos pocos sobre las orejas —respondió.

El golpe dio en el blanco, puesto que el punto débil del señor Harrison era su calvicie. Mudo de ira, lo único que pudo hacer fue contemplar a Ana, quien recobró el aplomo y aprovechó la situación.

—Señor Harrison, como tengo imaginación, puedo ser condescendiente con usted. Puedo imaginar fácilmente lo difícil que debe de ser encontrar una vaca en su campo y no albergaré ningún resentimiento por lo que ha dicho. Le prometo que *Dolly* no volverá a entrar en sus campos de nuevo. Le doy mi palabra de honor sobre esa cuestión en concreto.

—Bien, será mejor que así sea —murmuró el señor Harrison en un tono ciertamente más sumiso.

Sin embargo, se alejó a grandes zancadas, tan enfadado que Ana siguió oyendo sus gruñidos hasta que se perdió en la distancia.

Con la mente tristemente turbada, Ana atravesó el jardín y encerró a la traviesa vaca en el establo de ordeño.

«No puede salir de ahí a menos que rompa la puerta —pensó—. Ahora parece tranquila. Me atrevo a decir que se ha empachado con tanta avena. Ojalá la hubiera vendido al señor Shearer la semana pasada, pero me pareció mejor esperar a tener una oferta en la subasta y venderlas todas juntas. Me parece que eso de que el señor Harrison es un cascarrabias es verdad. Ciertamente, no he visto un alma gemela en él. En absoluto».

Ana siempre estaba en busca de almas gemelas.

Mientras volvía del establo, Ana vio que Marilla Cuthbert entraba en el jardín sobre el carro y salió disparada a preparar el té. Comentaron el asunto mientras lo tomaban.

—Me alegraré cuando haya terminado la subasta de ganado —dijo Marilla—. Es demasiada responsabilidad tener tantas y solo contar con Martin, que no es de mucho fiar, para cuidarlas. Todavía no ha regresado, y eso que me prometió que volvería anoche si le daba el día libre para ir al funeral de su tía. No sé cuántas tías tiene. Es la cuarta que ha fallecido desde que lo contraté hace un año. Estaré más que agradecida cuando recojamos la cosecha y el señor Barry se haga cargo de la granja. Tendremos que encerrar a *Dolly* en el establo hasta que Martin regrese porque pasta en el prado trasero y el cercado allí no está en buenas condiciones. Como dice Rachel, en este mundo no hay más que dolor y preocupaciones. Sin ir más lejos, mira a la pobre Mary Keith. Se está muriendo, y no sé qué va a pasar con sus dos criaturas. Tiene un hermano en Columbia, en la zona británica, y le ha escrito sobre el asunto, pero todavía no ha recibido respuesta.

—¿Cómo son los niños? ¿Qué edad tienen, Marilla?

—Algo más de seis años... Son mellizos.

—Oh, siempre me han interesado los mellizos, sobre todo

desde que cuidé de los de la señora Hammond. Tenía muchos —dijo Ana con entusiasmo—. ¿Son guapos?

—Santo cielo, iban tan sucios que no sabría decirte. Davy había estado fuera jugando con el barro y Dora salió para decirle que entrara. Davy la empujó y la hizo caer en el montón más grande y, a continuación, como se puso a llorar, él también se metió y empezó a chapotear para demostrarle que no había motivo para tantas lágrimas. Mary dijo que Dora era muy buena niña pero que Davy era muy travieso, que nadie se había ocupado nunca de él. Que jamás había recibido educación. Su padre murió siendo él un bebé y Mary ha estado enferma desde entonces.

—Siempre siento lástima por los niños de los que no se han podido ocupar y que no han recibido educación alguna —dijo Ana seriamente—. Ya sabe que ese fue mi caso hasta que usted se hizo cargo de mí. Espero que su tío los cuide. ¿Qué parentesco guarda con la señora Keith?

—¿Con Mary? Ninguno. Su marido era... mi primo tercero. Ahí llega la señora Lynde. Ya me imaginaba que pasaría a preguntar por Mary.

—No le diga nada del señor Harrison y la vaca —imploró Ana.

Aunque Marilla prometió no decir nada, la promesa fue innecesaria, porque la señora Lynde no se había sentado aún cuando dijo:

—He visto al señor Harrison espantando a tu vaca de su campo de avena cuando regresaba a casa desde Carmody. Parecía muy alterado. ¿Ha armado mucho revuelo?

Ana y Marilla intercambiaron una sonrisa furtiva y asombrada. Pocas cosas que ocurrían en Avonlea se le escapaban a la señora Lynde. Precisamente aquella misma mañana, Ana había dicho: «Si fueras a tu habitación a medianoche, cerrarás la puerta, bajaras la persiana y estornudaras, ¡al día siguien-

te, la señora Lynde te preguntaría qué tal va tu resfriado!».

—Creo que sí —admitió Marilla—. Yo no estaba. Pero Ana sí, y le dijo cuatro cosas bien dichas.

—Me parece un hombre de lo más antipático —dijo Ana, negando con resentimiento con su cabeza rojiza.

—Nunca has dicho una verdad más grande —convino solemnemente la señora Rachel—. Supe que habría problemas cuando Robert Bell vendió su hacienda a un hombre de New Brunswick, sí, señor. No sé que será de Avonlea con todos esos forasteros. Pronto ni siquiera estaremos seguros en nuestra propia cama.

—¿Y eso, es que van a llegar más forasteros? —preguntó Marilla.

—¿No lo has oído? Bueno, en primer lugar, una familia llamada Donnell. Han alquilado el viejo caserón de Peter Sloane. Peter ha contratado al hombre para que lleve el molino. Son del este y nadie sabe nada de ellos. Después está la familia del perezoso de Timothy Cotton, que va a mudarse de White Sands y se convertirá en una carga para el erario público. Tiene tisis..., y también roba..., y su esposa es una criatura retorcida y holgazana que no mueve un dedo. ¡Lava los platos sentada! La esposa de George Pye ha tomado a su cargo al sobrino huérfano de su marido, Anthony Pye. Irá a tu escuela, Ana, y no dudes que te dará problemas. Y también tendrás a otro alumno forastero: Paul Irving va a venir de los Estados Unidos para vivir con su abuela. Seguro que te acuerdas de su padre, Stephen Irving, el que dejó plantada a Lavendar Lewis en Grafton...

—No creo que la dejara plantada. Se pelearon... Supongo que fue culpa de los dos.

—Bueno, de todos modos, no se casó con ella y, desde entonces, según dicen, Lavendar se comporta de una forma muy extraña... Vive sola en esa casita de piedra a la que llama

La Cabaña del Eco. Stephen partió hacia los Estados Unidos, se asoció con su tío y se casó con una yanqui. Jamás ha regresado a casa, aunque su madre sí ha ido a verlo un par de veces. Su esposa falleció hace dos años y ahora envía al chico con la abuela, a pasar una temporada. Tiene diez años y no sé si será muy buen alumno. Con los yanquis, nunca se sabe.

La señora Lynde pensaba que nada bueno se podía esperar de todos aquellos que habían tenido la desgracia de haber nacido o haber crecido en un lugar diferente a Isla del Príncipe Eduardo. Puede que fueran buenas personas, por supuesto, pero lo más seguro era dudarlos. Tenía un prejuicio concreto hacia los «yanquis». Una vez, un empleado que había trabajado en Boston le estafó diez dólares a su marido y ya no hubo manera de convencer a la señora Rachel de que los Estados Unidos no eran responsables de tal fechoría.

—La escuela de Avonlea no se resentirá por un poco de sangre nueva —dijo Marilla secamente—, y si este chico se parece en lo más mínimo a su padre, no pasará nada. Steve Irving era el muchacho más educado que he visto por estos parajes, aunque alguna gente lo consideraba orgulloso. Creo que la señora Irving se alegrará de tener al chico. Desde que su marido falleció, ha estado muy sola.

—Oh, puede que sea un buen chico, pero no tendrá nada en común con el resto de niños de Avonlea —dijo la señora Rachel, como si con aquello zanjara el tema. Las opiniones de la señora Rachel sobre cualquier persona, lugar o cosa siempre estaban justificadas—. He oído que vas a fundar una Asociación para la Mejora del Pueblo, ¿es eso cierto, Ana?

—Mis compañeros y yo justo lo comentamos en el último Club de Debate —respondió Ana, sonrojándose—. Les pareció bien... y al señor y a la señora Allan, también. Muchos pueblos la tienen.

—Bueno, no sabéis dónde os metéis. Acabaréis con el agua

al cuello. Mejor dejarlo estar, Ana, sí señor. A la gente no le gusta que la mejoren.

—Oh, pero no vamos a tratar de mejorar a la gente, sino a Avonlea. Hay muchas cosas que se pueden hacer para que el pueblo sea más bonito. Por ejemplo, si pudiésemos convencer al señor Levi Boulter de que derribara ese viejo y horrible caserón en la parte más alta de su granja, ¿no sería eso una mejora?

—Desde luego que sí —admitió la señora Rachel—. Hace años que esas viejas ruinas son una vergüenza para la comarca. Pero si los «mejoradores» llegáis a convencer a Levi Boulter de que haga algo por la comunidad sin recibir nada a cambio, yo quiero estar allí para verlo y oírlo, sí, señor. No quiero desanimarte, Ana. Aunque tu idea es buena, supongo que la habrás sacado de alguna de esas revistas yanquis que son pura bazofia. Vas a estar muy ocupada con la escuela y como amiga te digo que no te preocupes por las mejoras, eso es. Aunque ya sé que si se te ha metido entre ceja y ceja, seguirás adelante. Eres de las que, de alguna manera, siempre acometen lo que se proponen.

Algo en el rictus de la boca de Ana constataba que la señora Rachel no iba muy equivocada. Estaba totalmente convencida de fundar la Asociación para la Mejora. Gilbert Blythe, que iba a ser el maestro de White Sands pero que regresaría a casa el viernes para pasar el fin de semana, estaba entusiasmado con la idea. Y los demás se mostraron dispuestos a apuntarse a cualquier cosa que supusiera reuniones ocasionales y, por lo tanto, algo de «diversión». Sin embargo, respecto a «las mejoras», nadie tenía una idea muy clara, excepto Ana y Gilbert. Habían hablado largo y tendido sobre el tema, acabando por crear una Avonlea ideal en sus mentes, una que no existía en ningún otro lugar.

La señora Rachel tenía todavía una noticia que dar.

—Le han dado la escuela de Carmody a una tal Priscilla Grant. Ana, ¿no había una chica que se llamaba así en Queen's?

—Sí, así es. ¡Qué bien! ¡Priscilla en Carmody! ¡Es maravilloso! —exclamó Ana.

Al alzar la mirada hacia las estrellas vespertinas, tenía tal brillo en sus ojos grises que, una vez más, la señora Lynde se preguntó si llegaría a decidir algún día si encontraba a Ana Shirley una muchacha hermosa.

Capítulo 2

Una venta demasiado apresurada y un largo arrepentimiento

La tarde siguiente, Ana se dirigió a Carmody para ir de compras y se llevó a Diana Barry con ella. Por supuesto, Diana era un miembro activo de la Asociación para la Mejora, y las dos muchachas no hablaron de otra cosa durante el trayecto de ida y el de vuelta.

—Lo primero que hay que hacer es pintar el salón de actos —dijo Diana al pasar frente al salón de actos de Avonlea, un edificio bastante destartado situado en una hondonada boscosa y oculto entre varias píceas—. Es un lugar horrible y antes de pedirle al señor Levi Boulter que derribe su casa, tenemos que ocuparnos de él. Papá dice que jamás conseguiremos que lo haga, que Levi Boulter es demasiado mezquino y que no malgastará su tiempo en eso.

—Quizá deje que los chicos la derruyan si prometen que se llevarán los tablones de madera y le darán la leña —dijo Ana esperanzada—. Al principio, tendremos que esforzarnos y contentarnos con los resultados. No confiemos en mejorarlo todo enseguida. Primero hay que educar el sentimiento popular.

Diana no estaba muy segura de qué quería decir eso, pero sonaba bien y sintió cierto orgullo de formar parte de una institución con tal objetivo.

—Anoche se me ocurrió algo que podríamos hacer, Ana. ¿Sabes ese terreno triangular donde se cruzan las carreteras de Carmody, Newbridge y White Sands? Está lleno de pequeñas píceas. ¿No estaría bien limpiarlo y dejar solo los dos o tres abedules que hay en él?

—Una idea espléndida —convino Ana—. Y podríamos poner un banco bajo los abetos. Así, al llegar la primavera, podríamos colocar un parterre de flores y plantar geranios.

—Sí, solo tenemos que encontrar la manera de mantener a la vieja vaca de la señora Hiram Sloane alejada de la carretera; de lo contrario, se comerá todos los geranios —dijo Diana entre risas—. Empiezo a entender qué quieres decir con eso de educar el sentimiento popular, Ana. Mira, ahí está la vieja casa de los Boulter. ¿Has visto alguna vez una cosa más desartalada? Y justo al lado del camino. Un viejo caserón con todas las ventanas rotas siempre me recuerda a algo muerto y con los ojos arrancados.

—Pues a mí me provoca tristeza —dijo Ana en un tono de ensoñación—. Siempre me da la sensación de que está pensando en el pasado y añorando mejores tiempos. Marilla dice que, años atrás, en ese viejo caserón vivía una familia, y que era un lugar muy bonito, con un hermoso jardín y rosales silvestres por doquier. Estaba lleno de criaturas, de risas y de canciones. Y míralo ahora, vacío y con el viento como único habitante. ¡Qué solitario y triste debe de sentirse! Quizá regresen todos en las noches de luna llena..., los fantasmas de los niños del pasado, las rosas y las canciones, y, durante un instante, la vieja casa se siente de nuevo habitada por la juventud y la alegría.

Diana negó con la cabeza.

—Ana, ahora ya no imagino cosas así de un sitio. ¿Recuerdas cómo se enfadaron mamá y Marilla cuando nos imaginamos que había fantasmas en el Bosque Encantado? Todavía hoy no me atrevo a cruzarlo una vez ya ha anochecido. Y si empiezo a imaginarme esas cosas del viejo caserón de los Boulter, también me dará miedo pasar frente a él. Además, esos niños no están muertos. Ahora son adultos y les va muy bien. Uno de ellos es carnicero. De todos modos, las flores y las canciones no se convierten en fantasmas.

Ana suspiró levemente. Quería mucho a Diana y siempre habían sido muy buenas amigas. Sin embargo, tiempo atrás había entendido que debía adentrarse sola en el reino de la fantasía. Ni siquiera su amiga más querida podía atravesar el sendero encantado que llevaba hasta él.

Mientras estaban en Carmody, cayó un chaparrón. Pero no duró mucho, y el viaje de regreso, a través de los senderos flanqueados por setos cubiertos de brillantes gotas de lluvia y por valles llenos de hojarasca y helechos empapados que desprendían olores aromáticos, fue delicioso. Sin embargo, justo cuando entraban en el camino de los Cuthbert, Ana vio algo que estropeó la belleza del paisaje.

Delante de ellas, a la derecha, se extendía el ancho y verde campo de avena, húmedo y espléndido; y allí, plantada justo en el centro, medio oculta entre los apetitosos brotes y mirándolas tranquilamente por encima de los intervalos de campanillas, ¡estaba la vaca!

Ana soltó las riendas y se puso en pie con una mueca en los labios que no auguraba nada bueno para la cuadrúpeda depredadora. Sin mediar palabra, empezó a bajar por las ruedas y saltó el cercado antes de que Diana pudiera entender qué estaba ocurriendo.

—Ana, vuelve —gritó tan pronto como recuperó la voz—. Te mojarás el vestido... Lo echarás a perder. ¡Vaya, no me

oye! Bueno, jamás conseguirá sacar esa vaca de ahí ella sola. Tengo que ir a ayudarla.

Ana iba a la carga, atravesando las espigas medio trastornada. Diana saltó del carro, ató el caballo a un poste, se echó la falda de su bonito vestido sobre el hombro, trepó a la cerca y fue a la zaga de su frenética amiga. Podía correr más rápido que Ana, cuya falda empapada le impedía el avance, y pronto la alcanzó. Tras ellas se abría una senda que rompería el corazón del señor Harrison cuando la viera.

—Ana, por el amor de Dios, detente —dijo Diana, casi sin aliento—. Casi no puedo respirar y tú estás calada hasta los huesos.

—Tengo que... sacar... esa vaca... antes de que... el señor Harrison... la vea —jadeó Ana—. No... me importa... si acabo empapada... si lo... conseguimos.

Pero la vaca no consideró razonable abandonar un terreno tan sabroso. Tan pronto como las muchachas jadeantes se hubieron acercado, dio media vuelta y salió al trote hacia el lado opuesto del campo.

—¡Desvíala! —gritó Ana—. ¡Corre, Diana, corre!

Diana corrió. Ana también lo intentó, y la traviesa vaca atravesó el campo como si estuviera posesa. Para sus adentros, Diana pensaba que lo estaba de verdad. Pasaron diez largos minutos antes de que lograran desviarla y conducirla a la entrada que hacía esquina con el sendero de los Cuthbert.

Ana no estaba precisamente de un humor angelical en aquellos precisos instantes. Y no mejoró al advertir, justo en el camino, una calesa en la que estaban sentados el señor Shearer de Carmody y su hijo, ambos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Habrías hecho bien en venderme esa vaca el año pasado, Ana, cuando quise comprarla —dijo el señor Shearer entre carcajadas.

—Se la vendo ahora mismo si todavía la quiere —dijo la sonrojada y despeinada propietaria de la vaca—. Puede llevarse ahora mismo.

—Trato hecho. Te doy los veinte que ya te ofrecí por ella y Jim la llevará hasta Carmody. Esta tarde saldrá hacia la ciudad con el resto del ganado. El señor Reed, de Brighton, quiere una vaca Jersey.

Cinco minutos más tarde, Jim Shearer y la vaca se alejaron por el camino, mientras la impulsiva Ana, con los veinte dólares en la mano, condujo el carro hacia el sendero de Tejas Verdes.

—¿Qué dirá Marilla? —preguntó Diana.

—Oh, no le importará. *Dolly* era mi vaca y no creo que hubiese conseguido más de veinte dólares en la subasta. Pero, ay, querida, si el señor Harrison ve el campo, sabrá que ha estado allí de nuevo, ¡y le di mi palabra de honor! Bueno, al menos he aprendido la lección: no debo dar mi palabra de honor cuando se trate de vacas. Una vaca capaz de saltar y romper un cercado o escaparse del establo no merece confianza alguna.

Marilla se había acercado a la casa de la señora Lynde y cuando regresó, ya estaba enterada de lo de la venta de *Dolly* y de su traslado, puesto que la señora Lynde había visto gran parte de la transacción desde su ventana y había adivinado el resto.

—Supongo que así es mejor, pero tienes la costumbre de hacerlo todo siempre con prisas, Ana. Lo que sigo sin entender es cómo salió del establo. Debe de haber roto algunos de los tablones de la puerta.

—No se me ha ocurrido mirarlo —dijo Ana—, pero lo haré ahora mismo. Martin no ha vuelto todavía. Quizá se le haya muerto otra de sus tías. Creo que es algo parecido a lo del señor Peter Sloane y los octogenarios. La otra noche, la

señora Sloane estaba leyendo un periódico y le dijo al señor Sloane: «Se ha muerto otro octogenario. ¿Qué es un octogenario, Peter?». Y el señor Sloane respondió que no lo sabía, pero que debían de ser criaturas muy enfermas, porque lo único que se sabía de ellas era que se morían. Eso es lo que debe pasar con las tías de Martin.

—Martin no es mejor que todos esos franceses —dijo Marilla disgustada—. No puedes fiarte de ellos para nada.

Marilla estaba mirando las compras de Ana en Carmody cuando oyó un grito procedente del establo. Un minuto después, Ana entró a toda prisa en la cocina, retorciéndose las manos.

—Ana Shirley, ¿qué es lo que ocurre ahora?

—Oh, Marilla, ¿qué voy a hacer? Es terrible. Y es toda culpa mía. Oh, ¿cuándo voy a aprender a reflexionar un poco y a no hacer las cosas sin pensar? La señora Lynde siempre me ha dicho que algún día haré algo horrible, ¡y ese día acaba de llegar!

—¡Ana, eres exasperante! ¿Qué es exactamente lo que has hecho?

—¡He vendido al señor Shearer la vaca del señor Harrison..., la que le compró al señor Bell! *Dolly* está todavía en el establo.

—Ana Shirley, dime que estás soñando.

—Ojalá... Pero no es ningún sueño, sino más bien una pesadilla. Y en este preciso instante, la vaca del señor Harrison ya debe de estar en Charlottetown. Oh, Marilla, pensé que mis días de meterme en líos habían terminado, pero veo que todavía es peor. ¿Qué puedo hacer?

—¿Hacer? No hay nada que puedas hacer, niña, excepto ir a ver al señor Harrison para explicárselo. Podemos ofrecerle nuestra vaca a cambio si no quiere el dinero. Es igual de buena que la suya.

—Estoy segura de que se enfadará muchísimo y será desagradable —gimió Ana.

—Seguro que sí. Parece ser un tipo bastante irascible. Iré yo a explicárselo si lo prefieres.

—No, no soy tan mezquina como para hacer eso —exclamó Ana—. Todo ha sido por mi culpa y no voy a permitir que sufra usted mi castigo. Iré yo sola e iré ahora mismo. Cuanto antes termine, mejor, porque la humillación será terrible.

La pobre Ana tomó su sombrero y los veinte dólares y atravesó el umbral de la puerta. Por casualidad, dirigió su mirada hacia la puerta abierta de la alacena. En la mesa reposaba un pastel de nueces que había horneado ella misma aquella mañana... una combinación particularmente sabrosa, glaseada con azúcar rosa y adornada con nueces. Ana lo reservaba para el viernes por la tarde, día en que los jóvenes miembros de la Asociación para la Mejora de Avonlea iban a reunirse en Tejas Verdes. Pero ¿qué importancia tenían ellos en comparación con la ofensa que acababa de cometer hacia el señor Harrison? Ana pensó que aquella tarta ablandaría el corazón de cualquiera, y especialmente de una persona que tenía que cocinarse para sí mismo, así que rápidamente la puso en una caja. Se la llevaría al señor Harrison en señal de paz.

«Eso si me da la oportunidad de pronunciar palabra alguna —pensó con remordimientos mientras saltaba por el cercado y atravesaba por un atajo los campos de cultivo, que despedían destellos dorados con la luz de aquel adorable atardecer de agosto—. Ahora sé cómo se sienten los que van camino de la horca».

Capítulo 3

En casa del señor Harrison

La casa del señor Harrison era un edificio pasado de moda, blanqueado con cal y de aleros bajos, que se silueteaba frente a un espeso bosquecillo de abetos.

El mismísimo señor Harrison estaba sentado en la sombreada veranda, en mangas de camisa, disfrutando de su pipa tras un día de trabajo. Cuando se dio cuenta de quién se aproximaba por el camino, se puso en pie de un brinco, entró en casa y cerró la puerta. Aquello era meramente a causa de la sorpresa y la incomodidad, mezcladas con una buena cantidad de vergüenza por su arrebató de mal genio del día anterior. Sin embargo, con aquel gesto, casi barrió lo que quedaba de valentía en el corazón de Ana.

«Si ahora ya está tan enfadado, ¿cómo estará cuando se entere de lo que he hecho?», pensó Ana mientras llamaba a la puerta, sintiéndose muy desgraciada.

Sin embargo, el señor Harrison abrió con una sonrisa tímida y la invitó a pasar en un tono bastante sumiso y amistoso, por no decir nervioso. Había dejado su pipa y se había puesto el abrigo. Con mucha educación, le ofreció asiento a

Ana en una silla polvorienta, y aquella recepción habría sido bastante agradable de no ser por la cháchara de un loro que lo observaba todo con unos ojos dorados y perversos a través de los barrotes de su jaula. Nada más Ana hubo tomado asiento, *Ginger* gritó:

—Válgame Dios, ¿qué querrá esa pelirroja insignificante?

Sería difícil de decir quién se sonrojó más, si el señor Harrison o Ana.

—No le hagas mucho caso al loro —dijo el señor Harrison, lanzándole una mirada fulminante a *Ginger*—. Siempre está diciendo tonterías. Me lo dio mi hermano, que era marinero. Los marineros no suelen usar un lenguaje muy fino, y los loros son pájaros que suelen imitarlo todo.

—Eso pensaba —dijo la pobre Ana, recordando su misión para mitigar el resquemor que sentía. No podía permitirse desairar al señor Harrison en aquellas circunstancias. Cuando se acaba de vender la vaca Jersey de un hombre sin que este lo sepa o haya dado su consentimiento, no debe importarte que un loro repita cosas feas sobre ti. Aun así, la «pelirroja insignificante» no estaba todo lo mansa que debería haber estado.

—He venido a confesarle algo, señor Harrison —dijo con resolución—. Es... Es sobre... esa vaca Jersey.

—Vágame Dios —exclamó el señor Harrison con cierto nerviosismo—. ¿No se habrá metido de nuevo en mis campos? Bueno, no importa. No importa en absoluto. No pasa nada... Ayer me precipité, eso es. No importa si se ha metido en el campo otra vez.

—Oh, ojalá solo fuera eso. —Suspiró Ana—. Pero es diez veces peor. No...

—Vágame Dios, ¿me vas a decir que se ha metido en mis campos de trigo?

—No, no, en el trigo no. Pero...

—¡Entonces en el de repollos! Se ha metido entre los repollos que estaba cultivando para el concurso, ¿verdad?

—¡Señor Harrison, no tiene nada que ver con sus repollos! Se lo diré todo..., para eso he venido, pero no me interrumpa más. Me pone más nerviosa. Solo deje que le explique lo que ha ocurrido y no diga nada hasta que termine.

«Seguro que entonces tendrá ganas de decir muchas cosas», concluyó Ana para sus adentros.

—Está bien, no diré ni una palabra más —dijo el señor Harrison, y no lo hizo.

Pero *Ginger* no estaba ligado a ninguna promesa de silencio y continuó soltando «pelirroja insignificante» hasta que hizo enfurecer a Ana.

—Ayer encerré a mi vaca en el establo. Esta mañana, he ido a Carmody y cuando regresé, vi una vaca Jersey en su campo. Diana y yo la perseguimos hasta que conseguimos sacarla, y no se puede ni imaginar cuánto nos costó. Estaba calada hasta los huesos, y tan cansada y enojada que cuando apareció el señor Shearer, le ofrecí comprar la vaca. Se la vendí allí mismo por veinte dólares. Ya sé que no estuvo bien por mi parte. Tendría que haber esperado a consultarlo con Marilla, por supuesto. Pero acostumbro a hacer las cosas sin pensar... Cualquiera que me conozca se lo dirá. El señor Shearer se llevó la vaca enseguida para trasladarla en el tren de primera hora de la tarde.

—Pelirroja insignificante —apuntó *Ginger* en un tono de profundo desprecio.

En aquel instante, el señor Harrison se incorporó y, con una expresión que habría aterrorizado a cualquier pájaro que no fuera un loro, se llevó la jaula de *Ginger* a una habitación contigua y cerró la puerta. *Ginger* chilló, maldijo y se comportó tal como se esperaba de él, pero, al final, al ver que no servía de nada, se sumió en un silencio taciturno.

—Disculpa, ya puedes continuar —dijo el señor Harrison, sentándose de nuevo—. Mi hermano, el marinero, jamás le enseñó modales.

—Regresé a casa y después de merendar fui al establo. Señor Harrison... —Ana se inclinó hacia delante, juntando las manos en un gesto infantil, mirando implorante con sus grandes ojos grises el rostro de incomodidad del señor Harrison—. Mi vaca estaba todavía allí, en el establo. La vaca que le vendí al señor Shearer era la suya.

—Válgame Dios —exclamó el señor Harrison, pálido y atónito ante esta conclusión inesperada—. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Oh, no creo que sea muy extraordinario que siempre acabe metida en líos y que arrastre también a los demás —admitió Ana tristemente—. Es mi marca de la casa. El próximo mes de marzo cumpliré diecisiete años y debería ser lo suficientemente mayor para estas cosas, pero, al parecer, no es así. Señor Harrison, ¿sería demasiado pedirle que me perdonara? Me temo que ya es demasiado tarde para recuperar a su vaca, pero aquí tiene el dinero que me pagaron... O, si lo prefiere, puede quedarse con la mía. Es muy buena vaca. Y no sabe cuánto lamento todo esto.

—Vaya, vaya —dijo bruscamente el señor Harrison—. Señorita, no quiero oír ni una palabra más sobre este asunto. No tiene importancia alguna, en absoluto. Se trata de un accidente. A veces yo también me comporto de forma precipitada, incluso diría que demasiado. Pero no puedo evitar decir lo que pienso y la gente tiene que aceptarme tal como soy. Ahora, si esa vaca hubiese pisado mis repollos... Bueno, no importa, no lo hizo, así que no pasa nada. Creo que me quedaré con tu vaca, ya que quieres librarte de ella.

—Oh, muchas gracias, señor Harrison. Estoy tan contenta de que no se haya enfadado. Pensaba que lo haría.

—Y supongo que estabas muerta de miedo de venir aquí y explicármelo todo, ¿verdad? Después de todo el jaleo que armé ayer. Pero no debes hacerme caso. Soy un viejo que no tiene pelos en la lengua... Y siempre estoy listo para decir la verdad, aunque a veces no suene muy bien.

—Igual que la señora Lynde —soltó Ana antes de poder evitarlo.

—¿Cómo? ¿La señora Lynde? Ni se te ocurra decirme que soy como esa vieja cotorra —dijo el señor Harrison algo irri-tado—. No lo soy... En absoluto. Veamos, ¿qué llevas en esa caja?

—Un pastel —respondió Ana alegremente. Había sentido tal alivio ante la amabilidad inesperada del señor Harrison que su humor estaba por las nubes—. Lo he traído para usted... Pensé que quizá no comiera pastel muy a menudo.

—Así es, y la verdad es que me encanta. Te lo agradezco mucho. Tiene muy buena pinta. Espero que sepa igual de bien.

—Seguro que sí —dijo Ana en un tono alegre y confiado—. Como puede explicarle la señora Allan, he hecho pasteles que distaban mucho de tener buen sabor, pero este está bien. Lo cociné para la Asociación para la Mejora, pero puedo hacer otro.

—Bueno, pues te diré una cosa, señorita, tendrás que ayudarme a comerlo. Voy a poner agua a calentar y tomaremos una taza de té. ¿Qué te parece?

—¿Me permitiría hacer el té? —preguntó Ana dubitativa-mente.

El señor Harrison soltó una risita.

—Ya veo que no confías mucho en mis habilidades entre fogones. Pues te equivocas... Puedo hacer el té más bueno que hayas probado jamás. Pero si lo prefieres, hazlo tú. Por suerte, el domingo pasado llovió y los platos están limpios.

Ana se incorporó de un brinco y se puso manos a la obra. Fregó la tetera varias veces antes de poner el té. A continuación, quitó las brasas, fue a buscar los platos a la alacena y dispuso la mesa. Aunque el estado en que la encontró la dejó horrorizada, no lo mencionó por prudencia. El señor Harrison le dijo dónde podía encontrar el pan, la mantequilla y una lata de melocotones. Ana adornó la mesa con un ramo del jardín e hizo como si las manchas del mantel no estuvieran. Pronto, todo estuvo listo y Ana se encontró sentada frente al señor Harrison, vertiendo el té en su taza y charlando alegremente sobre la escuela, sus compañeros y sus planes. Apenas podía dar crédito.

El señor Harrison había traído a *Ginger* de vuelta, con la excusa de que el pobre pájaro se sentiría solo. Ana, que se veía capaz de perdonarlo todo y a todos, le ofreció una nuez. Pero *Ginger* parecía muy dolido y rechazó cualquier intento de amistad. Malhumorado, se posó sobre la percha y plegó las plumas hasta que quedó convertido en una pelotita de color verde y dorado.

—¿Por qué lo llama *Ginger*? —preguntó Ana, que tenía preferencia por los nombres apropiados y pensaba que el de *Ginger* no se ajustaba en absoluto a aquel magnífico plumaje.

—Fue mi hermano el que le puso el nombre, tal vez por su carácter. Le he cogido cariño a este pájaro... Te sorprendería saber cuánto. Tiene sus defectos, claro, y me ha dado buenos disgustos. A alguna gente no le gusta en absoluto su costumbre de decir palabrotas, pero es algo que no se le puede quitar. Lo he intentado... yo, y muchos otros. Hay quien tiene prejuicios contra los loros. Menuda tontería, ¿verdad? A mí me gustan. *Ginger* me hace mucha compañía. No cambiaría este loro..., por nada en el mundo, señorita.

El señor Harrison pronunció la última frase con mucho sentimiento, como si sospechara que Ana albergaba la idea

de persuadirlo para que se deshiciera de *Ginger*. Sin embargo, Ana estaba empezando a tomarle aprecio a aquel hombrecillo extraño, inquieto y quisquilloso, y antes de terminar el té, ya se habían hecho amigos. En cuanto supo de la existencia de la Asociación para la Mejora, estuvo dispuesto a colaborar.

—Es buena idea. Adelante. Hay muchas cosas por mejorar en este pueblo... y también en la gente.

—Oh, yo no diría tanto —soltó Ana. Podía admitir para sus adentros, o ante sus compañeros, que existían ciertas imperfecciones fácilmente remediabiles en Avonlea y en sus habitantes. Pero oírlo en boca del señor Harrison, un perfecto forastero en términos prácticos, era algo completamente diferente—. Creo que Avonlea es un lugar precioso, y la gente de aquí es también muy agradable.

—Me parece que saltas fácilmente —comentó el señor Harrison, observando las mejillas ruborizadas y los ojos indignados ante él—. Según creo, es típico en los cabellos como el tuyo. Avonlea es un lugar bastante decente, de lo contrario, no me habría instalado aquí. Pero supongo que incluso tú admitirás que tiene algunos defectillos...

—Es justamente por esos defectos que me gusta tanto —dijo con lealtad Ana—. No me gustan los lugares o la gente que no tienen defectos. Pienso que una persona completamente perfecta no tendría interés alguno. La señora Milton White dice que jamás ha conocido a una persona perfecta, pero que ha oído muchas cosas sobre una en concreto: la primera esposa de su marido. ¿No cree que debe de ser muy desagradable estar casada con un hombre cuya primera esposa era perfecta?

—Sería más desagradable estar casado con la esposa perfecta —declaró el señor Harrison en un ataque repentino e inexplicable de simpatía.

Cuando terminaron el té, Ana insistió en lavar los platos,

aunque el señor Harrison le aseguró que en la casa había suficientes para varias semanas. Le habría encantado también barrer el suelo, pero la escoba no se veía por ningún lado y no quiso preguntar por miedo a que no hubiera.

—Tienes que venir a visitarme de vez en cuando —sugirió el señor Harrison cuando Ana estaba a punto de marcharse—. Somos vecinos y debemos ser amables entre nosotros. Me interesa bastante esa asociación vuestra. Me parece que puede ser divertida. ¿Con quién vais a encararos en primer lugar?

—Nuestra idea no es meternos con la gente, solo queremos mejorar lugares —dijo Ana en tono solemne. Sospechaba que el señor Harrison se mofaba de su proyecto.

Una vez se fue, el señor Harrison la observó por la ventana: una silueta ágil y juvenil, que cruzaba corriendo el campo bajo el resplandor del atardecer.

—Soy un vejestorio solitario y gruñón —dijo en voz alta—, pero esa chica hace que me sienta joven de nuevo..., y es una sensación tan placentera que me gustaría que se repitiera de vez en cuando.

—Pelirroja insignificante —graznó *Ginger* en tono de burla.

El señor Harrison amenazó al loro con el puño cerrado.

—Pajarraco terco... —murmuró—. No sé por qué no te retorcí el cuello cuando mi hermano te trajo. ¿Cuándo vas a dejar de fastidiarme?

Ana corrió a casa sin preocupaciones y relató su aventura a Marilla, quien se había alarmado ante su prolongada ausencia y estaba a punto de salir a buscarla.

—Al final, el mundo es bueno y hermoso, ¿a que sí, Marilla? —concluyó Ana felizmente—. El otro día, la señora Lynde se quejaba de que el mundo no valía nada. Dijo que cada vez que se espera algo bueno, acabas por decepcionarte...

Quizá sea verdad. Pero también hay un lado bueno. Cuando se espera algo muy malo, tampoco acaba por cumplir con tus expectativas... Casi siempre tiene un resultado mejor del que se esperaba. Esta tarde, cuando he ido a ver al señor Harrison, pensaba que se convertiría en la peor experiencia de mi vida. En cambio, ha sido muy amable y casi he llegado a pasar un buen rato. Creo que vamos a ser muy buenos amigos si nos damos margen, y todo ha salido de la mejor manera posible. Sin embargo, le puedo asegurar, Marilla, que jamás volveré a vender una vaca sin antes cerciorarme de a quién pertenece. Y definitivamente, ¡no me gustan los loros!